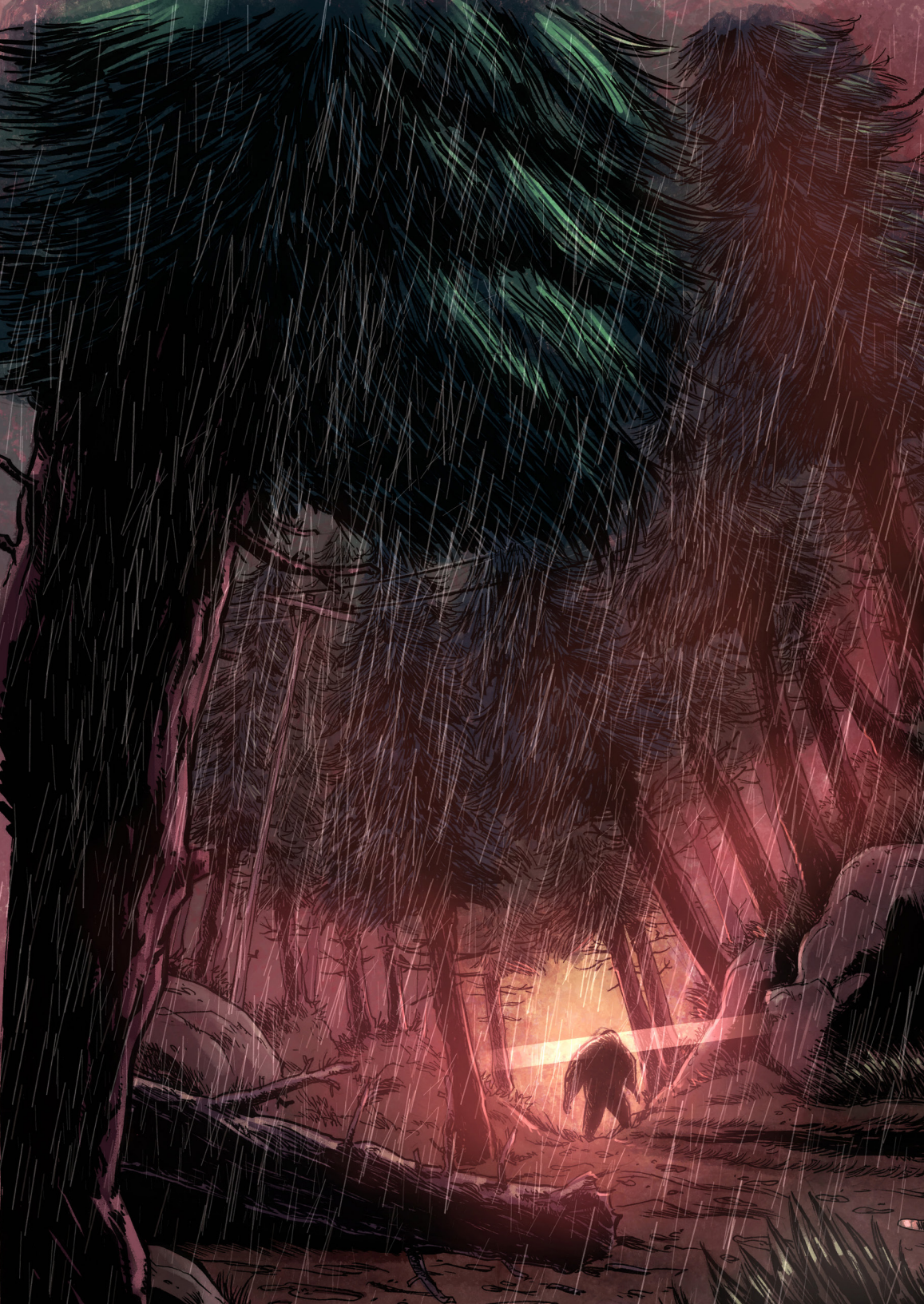

MUZ GAS
UNLEADED
WELCOME
MUZ GAS
MUZ GAS
77
ST
MILY



*Depuradora*
Primera edición: octubre de 2026

©2026, Kristö Bravo
©2026, Numak Ediciones (Served Numak S.L.)
C/Pineda Fosca, 4, 08100 Mollet del Vallès (Barcelona)
©2026, Manolo Shaggy, por la ilustración de la cubierta
©2025, Numak Ediciones, por la maquetación

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la leyes de *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org 917021970/932720445)

ISBN: 978-84-129584-4-7
Depósito legal: B 5960-2026
*Printed in Spain* – Impreso en España

Kristö Bravo

# DEPURADORA

NUMAK

*A Peter Batiste, siempre a tope.*

*What is a juggalo?*
*He drinks like a fish*
*And then he starts huggin' people*
*Like a drunk bitch*
*Next thing, he's pickin fights*
*With his best friends*
*Then he starts with the huggin' again*
*Fuck!*

**Insane Clown Posse**

# SÁBADO 14

*07:35*

STEVE SABE ALGUNAS COSAS. APRENDIÓ EN EL COLEGIO QUE LAS LENTEJAS germinan envueltas en un algodón empapado en agua. Descubrió que los lunes apestan y que todos los gatos caen de pie. Alguien le dijo que estaba más gordo de lo que debería y aprendió a vivir sin miedo a morir. *Maldita sea, Steve. ¿Qué demonios has hecho?*

El destello fugaz de una mandíbula estallando en mil pedazos.

La depuradora estará llena de toallitas húmedas y palomas muertas. Nadie quiere meter la mano ahí y desatascar la tubería de las aguas negras. Steve no quiere. Ya no distingue entre trabajo y condena.

La tormenta de anoche ha colapsado las alcantarillas de toda la ciudad. Zapatillas empapadas, balsas de agua y calles anegadas. Demasiado miedo en las noticias por una tormenta de verano.

Estar tan gordo no es fácil. Corre entre los pinos con la boca abierta como un pez. El vapor sale de la nariz y de los labios en nubes de remordimiento. *No te tortures. Ni siquiera ha sido culpa tuya.*

Una escopeta y dos agujeros de bala en el pecho.

Steve podría demostrar que fue un accidente ante el jurado más cabrón; uno lleno de viejas blancas, ricas y conservadoras. Ancianas amables, de pelo blanco polar, que enfrían un *banana bread* en la ventana de la mansión colonial y duermen con un rifle bajo la cama. *Un accidente fortuito, solo eso.* Tierra húmeda y sombras que danzan a su alrededor.

La voz impertinente no se calla, golpea en el fondo del cráneo como un martillo neumático. El eco retumba en la habitación de huesos. Hay pocos muebles y demasiado espacio para un cerebro tan pequeño.

Ya se sentía mal antes de salir de la cama. Anoche se acostó siendo un nudo de nervios. Hacía mucho tiempo que no dormía acompañado. Latidos desacompasados y venas al límite. El oxígeno es un repartidor de pizzas novato que no sabe cómo llegar a cada músculo sin perder la propina en el flujo sanguíneo. *Qué mala idea, Steve*.

Las furgonetas y los cuerpos.

Se le ha pegado el amanecer al pantalón del chándal. Apenas ha dormido, tampoco ha dado vueltas sobre el colchón. Se tumbó de costado, catatónico, con los ojos abiertos durante poco más de media hora. Párpados escondidos bajo la carne y pupilas dilatadas como el desagüe de una casa vieja. *¿Qué has hecho?. Un accidente fortuito, solo eso.* La eterna vuelta a casa, solo, entre llantos y gritos de rabia.

El sol seguía sin aparecer cuando salió de la cama y tiró de la cadena. Hurgó en el fondo del armario, allí donde amontona la ropa que no se pone nunca. Tracy seguía durmiendo cuando se puso las zapatillas, embarradas aún en el lodo de anoche. Es la primera vez que comparten cama desde hace mucho tiempo. Steve rompió la ley no escrita que divide la casa en dos. En el salón, el tablón de madera todavía cubre la ventana rota. El suelo empapado y la alfombra hecha un Cubo de Rubik. Salió al porche de madera astillada y se ató el cordón blanco del pantalón. Los gnomos del jardín le dieron un siniestro buenos días. Se puso la gorra y se fue de casa para intentar no regresar. No cantaban los pájaros. Todo permanecía en ese silencio que solo puede compararse a estar muerto.

Alterna el ritmo. Lento. Dos zancadas ridículas y de nuevo a paso de tortuga. Se detiene a tomar aire y se acaricia bajo las costillas. Está a punto de vomitar. No hace ejercicio desde el instituto, cuando su forma física mutó y perfiló sus inamovibles y maduras

redondeces. La indómita media melena que lucía a finales de los setenta es ahora la entrada al motel de la alopecia. Poco pelo, gafillas de relojero y camiseta de talla 5XL. «Todo incluido». El sudor le resbala por la frente, por el bigote fino, y marina los granos de la parte interna de los muslos.

El algodón se ha vuelto gris en la zona de la entrepierna. El sudor dibuja una sonrisa de payaso malvado bajo los pectorales grasientos. Demasiada barriga, culo ausente y piernas como palillos con rodillas de goma.

Los pinos y abetos adornan la ruta de la vergüenza. Bordear las afueras para regresar a casa no le llevaría más de veinte minutos a paso ligero. Hace más de una hora que salió. *En serio, Steve, no has hecho nada, relájate y disfruta del paisaje.*

Los calcetines empapados de barro y sangre.

Si hubiera traído música, podría fingir estar en un videoclip deprimente. Una canción triste y el cielo plomizo a punto de romperse. Un poco más allá, el escenario perfecto, una ciudad aburrida que amanece en un oscuro día de verano. En Pullman no hay nada. No hay diversión ni monstruos como en Point Pleasant, tampoco hay compasión ni manera de redimirse.

No quiso entrar al cuarto de su hijo antes de salir y rebuscar en sus cajones para llevarse el iPod rosa. No tiene fuerzas para luchar contra un aparato que no sabría ni encender. No ha tenido agallas para entrar en la habitación de Kyle. *Un poco de música no hubiera venido mal, Steve.*

Unos ojos aterrados y una garganta abierta.

La naturaleza urbana se enreda entre las calles y los cruces con semáforos que no funcionan. Todo está cubierto por una pátina inquietante; lluvia de anoche y gotas frescas de rocío, repentino frío y nubes negras atrincheradas en el cielo. La niebla recorre el suelo como en una diminuta bahía de San Francisco construida por insectos. *Relájate, Steve.*

Los temblores y la taquicardia.

Respira e infla el pecho de pavo.. *Disfruta, que te lo mereces. «Go your own way» o «Casey Jones», la que quieras. Imagina que Fletwood Mac o Grateful Dead te acompañan.*

**Las mochilas llenas de maquillaje y caras negras**.

La bruma extraña envuelve todo con color ceniza. Es raro que un amanecer de julio sea tan apagado y triste. Los árboles que bordean el camino se alzan como espigas. El estanque del parque parece el caldero de una bruja. La tempestad de anoche ha dejado el sendero lleno de charcos y de montones de hojas en el suelo, restos de una guerra de rayos y truenos que llenó de barro las deportivas de Steve. Pequeñas ramas y señales de tráfico torcidas como trofeos para la tormenta. Huellas en el lodo y recuerdos cargados de dolor.

El apacible paseo que baja desde Sunnyside Park hasta el cementerio es un húmedo campo de batalla por el que es difícil caminar sin resbalar. Mira a todos lados, aprieta los dientes y frunce el ceño con la respiración entrecortada. Solo espera que nadie lo esté mirando porque no quiere seguir haciendo el ridículo.

No han llegado los bomberos a desatascar aquella arqueta. Tampoco están los desempleados que trapichean con pastillas para dormir y tarjetas de descuento en las inmediaciones del cementerio.

Coloca las manos en la cadera mientras recupera el aliento con los soplidos intermitentes de una locomotora destartalada. Se muere de calor antes de que el sol haya salido tras las colinas y sembrado las llanuras con luz suave.

Lucha por quitarse la sudadera empapada, una con capucha y sin cremallera que ya le queda pequeña. Hace años que prefiere no saber su verdadera talla. *Tranquilo Steve, no tienes por qué preocuparte. Tú no has hecho nada.*

**Jarod. Depuradora**.

Tiene claro que las viejas con dinero del jurado señalarían al culpable sin dudar, sin necesidad de pedir prórrogas ni encerrarse

durante semanas en un hotel caro para deliberar. También sabe que, si aquellos otros jurados la cagaron con lo de Rodney King o con lo de Michael Jackson, puede que esté solo a un paso de que le frían el cerebro. Además, no es policía ni médico. *Estás jodido*.

**Los chubasqueros y tres cartuchos vacíos**.

La sudadera se atasca en la cabeza y despeina el pelo fino de muñeca empapado en sudor. La gorra de la universidad a la que nunca fue se cae al barro. La revelación de un pasado que no existió y un futuro que asfixia.

Su hijo tampoco irá nunca a la universidad. Ni la genética ni la educación han sido benévolas con ellos. Un lastre pesado como marca de la casa; la maldición del apellido Goodis. Un nombre ligado a lo insalubre que condena a todo un legado generacional que bien podría haberse extinguido. Siempre fueron poco atléticos, propensos a la obesidad y a la diabetes. Su padre lo fue, Steve lo es y su hijo también. En su familia, la grasa tiene esa fea costumbre de aferrarse a las arterias coronarias. «Come rápido y muere gordo». El lema para la casa de los corazones infartados.

La ropa se escurre por los brazos rechonchos de piel blanda y cae al barro junto a la gorra. Las deja allí e inspecciona los granitos, lo irritados que tiene los pliegues bajo el bíceps. Hace uso de su gran habilidad para el abandono. Pretende que los problemas se resuelvan solos, como siempre. Como anoche. Como aquella vez en el puesto de caza de Saint Joe, cuando eligió el perdón a la muerte. Indiferencia y tozudez, más rasgos malditos de los Goodis y su genética enferma.

Resopla, parece un mulo, y si tuviera fuerzas, gritaría. *Qué agobio y qué vergüenza, Steve. Qué has hecho*. Tracy. Lluvia. Depuradora.

La voz no para. Martillea y se impone ante cualquier pensamiento. A veces suena con su propia voz aflautada, otras veces es como la de aquel matón del colegio que ya había olvidado o la de un policía estatal. Otras veces es la voz de montaña, ronca y profunda de Jarod.